

UTRERA: LOS 15, MIL

TODO está perfectamente organizado. Dos guardias civiles de Tráfico ordenan las entradas y salidas de coches en los aparcamientos improvisados en las cunetas de la carretera. En la tarde de domingo, mientras cae el sol sobre las lomas de los cortijos (el de los Guardiola está ahí al lado, allí enfrente está «El Torbiscal», la finca-modelo que es la oveja negra de los latifundios andaluces), hay aire de fiesta, como de Karina, en las rebecas grosella y en las cazadoras de plástico de los muchachos de El Palmar de Troya. Seguramente cuando haya televisión en color, en los pueblos andaluces cogerán la elegancia social del rioja de esta temporada, del que se lleve la que viene; por ahora se quedan sólo con la forma, la «maxi» y el plástico brillando como si fuera cuero.

El pueblo está, sin embargo, ajeno a la otra fiesta, que es un poco más adelante, conforme la carretera de Utrera se va acercando a la recta de Los Palacios, donde los ensanches de la Redia han quitado la decoración para madrugada en coche de cuadrillas que eran los eucaliptos primorribereños de los Firms Especiales. El pueblo tiene otras cosas en que ocuparse. (Vino una vez una estudiante francesa a sacar material para una tesina en sociología, y encontró que el ochenta por ciento de las familias tienen un miembro emigrado en el extranjero.)

Todo comienza al lado de la carretera, donde los guardias civiles ponen orden a tanto utilitario dominical. Junto a una tapia, una cruz inmensa, de pueblerina plaza de España, sólo que pintada de blanco. Alguien saca ganancias:

—¡Vaya, los célebres, los únicos mostachones de Utrera! Para la familia, mostachones, oiga...

En esa tapia han abierto un portillo y hay una veredita que, como en el cuplé de doña Concepción, no cría hierba, porque a esta finca de «La Alcaparrosa» le cayó el cenizo el día que dos niñas del pueblo cercano dijeron que habían visto a la Virgen junto a un lentisco. Supongo que ya ni siembran en esta Meca del beaterio hispánico, adonde acuden gentes de Avilés, de Madrid, de Barcelona, autobuses de «servicios discrecionales» con alusivas pancartas a la histeria de quienes los han fletado.

Sobre una loma, alguien ha improvisado un altar como los que quitaron de casi todas las iglesias tras el Concilio: una imagen de



HOMENAJE
A LA
VIRGEN MARIA

Mensaje dado en Sevilla por Ntro Sr. Jesucristo, el día 3 de Noviembre de 1.970, a Clemente Domínguez Gómez, Vicario del PALMAR DE TROYA (Utrera-Sevilla).

Nuestro Sr. Jesucristo

Mis queridos hijos de Sevilla:

Os hago un llamamiento de Padre bondadoso y misericordioso.

Estoy muy apenado de las ofensas que se hacen al Inmaculado Corazón de mi Santísima Madre, La Virgen María, en esta hora triste para la Iglesia.

¿NO OS DA PENA QUE OFENDAN A VUESTRA MADRE CELESTIAL?

La están arrinconando en las Iglesias, lo niegan las escuelas pre-rogativas, a la que es Madre de Dios, Inmaculada, Virgen Perpetua, elevada al Cielo en Cuerpo y Alma, Mediadora de todas las gracias, Corredentora de la humanidad, Refugio de los Pecadores, Espereza de los Cristianos, Madre de los desamparados, en una palabra: LA OBRA MAESTRA DEL CTER NO PADRE.

¡Hijos míos: NO PERMITAIS QUE OFENDAN A LA VIRGEN MARIA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Acuquese todos bajo el manto de mi Santísima Madre.

Os pido a todos los que verdaderamente quieren a la Virgen María, que, el próximo 15 de Noviembre actual, HICIDAN UN HOMENAJE FILIAL, a la Madre del Amor Hermoso, en el PALMAR DE TROYA (Utrera-Sevilla). Ese día quiero que acudáis CON FIDRES, para depositarlas a los pies de la Madre de Dios, rezando el SANTO ROSARIO, para desampararla, por las ofensas que recibe todos los días.

Ella, ese día, os dará una bendición especial para vosotros y vuestros familiares, bendicirá Escapularios y agua para vuestros familiares que no puedan venir.

SOLEMNEMENTE OS PROMETO a todos los que acudáis el día 15, y os arrodilléis a las plantas de la Virgen María, que no se olvidará jamás, y en el último segundo de vuestras vidas, María, bajará por vosotros para que no seáis condenados eternamente.

No olvidéis que, todas las honras que hogáis a vuestra Madre Celestial, a mí me las hacéis.

Os bendigo de forma especial.

guión de «Canciones para después de un Concilio».

Porque lo que más me llamó la atención en la loma de «La Alcaparrosa» fue el carácter catacumbario y, si se apura, hasta protocristiano con que una señora con una botella de agua en las manos (por supuesto que agua milagrosa bendecida por el fallecido padre Pío de Pietralcina), ponía los ojos en blanco y, contra un sistema eclesial que no admite las apariciones y que remite a la lectura de la Palabra, comenzaba a cantar con su más celestial trino, para que todos al punto hicieran coro y se emocionaran unos a otros recordando, quizá, viejos tiempos de Viernes de San Antonio, Jueves de San Nicolás y Martes de San José.

Había hombres como castillos discutiendo sobre los detalles de la última aparición. Llevaban so-



serie (supongo que hecha en Olot), flores, telas de afectados colores celestes y blancos, velas, esos artilugios para colocar candelas que ha inventado la tecnología de las sacristías españolas.

¿Qué hace la gente allí? Esperar. Esperar a que lleguen de un momento a otro (cito por orden de aparición en una pastoral condenatoria del cardenal Bueno Monreal) el Padre Eterno, Jesucristo Nuestro Señor, la Santísima Virgen del Amor Hermoso, San José, San Francisco y el fallecido padre Pío de Pietralcina. Pero como sólo a los videntes les es permitida tan celestial como nutrida aparición, los demás esperan. Y miran. Y los niños se

pierden de las madres, y dónde está Manolita, pero si estaba allí; tal es la aglomeración.

De pronto, aparte del orante coro formado por mujeres con planta de portadoras de esas capillitas que visitaban determinados días al mes las cómodas de todas las casas que habían votado a las derechas en 1936, surgen otros grupos: la gente se arremolina ante una señora que ha caído de rodillas, y se ponen todos a mirar al cielo, absortos algunos.

Quien quiera escuchar todas las melodías ya «camp» de los más papistas-que-el-Papa católicos españoles, no tiene más que ir a El Palmar de Troya. Si por allí apareciera Basilio M. Patino, seguro que comenzaba a escribir el

bre los abrigos —hace frío en la loma, y más a las ocho de la tarde y cuatro de la madrugada, que cuentan son las horas punta de las visiones celestiales— unos escapularios en los que dos corazones goteantes, unidos por una flecha, estaban dibujados sobre una tela blanca, enmarcados por una cinta roja e introducido todo ello dentro de un plástico. Realmente, la tecnología devota de nuestro pueblo no se detiene: el último modelo de escapulario que esgrimen los videntes de El Palmar de Troya no ha ganado un premio en Bruselas porque no se lo han propuesto. Comentando lo que acababan de ver, siempre con las botellas de agua milagrosa en las manos, como cualquier

AGRO



"¿Qué hace la gente allí? Esperar. Esperar a que lleguen de un momento a otro el Padre Eterno, Jesucristo Nuestro Señor, la Santísima Virgen del Amor Hermoso, San José, San Francisco y el fallecido padre Pío de Pietralcina".

masajista de la Eurocopa, se decían:

—Y el niño, cuando le han hecho una foto, le ha dicho a su madre: «¡Qué relámpago tan grande!».

—Esto es celestial...

Claro que los asiduos no se sorprenden por nada. Incluso acuden perfectamente equipados. Aparte de pancartas en los autobuses, llevan sillas plegables, mesas, prendas de abrigo para la caza al aguardo del milagro. Con tanta silla plegable, «La Alcaparrosa» semeja un inmenso «picnic», más o menos espiritual y tridentinamente contestatario. De nada sirve que el arzobispo de Sevilla escribiera el mes de mayo:

«Queremos manifestar que, estudiados todos los elementos que han llegado a nuestro conocimiento sobre estos fenómenos, no solamente no aparece en ellos nada

Por ANTONIO BURGOS



que presente caracteres probables de intervención sobrenatural, sino que, por el contrario, existen muy serios para estimar que se está produciendo una verdadera histeria colectiva, de tipo supersticioso, muy ajena a la verdadera devoción y religiosidad, que puede confundir a muchísimas personas y causar estragos en la fe».

Los asiduos han hecho caso omiso de esta comunicación pastoral. Tienen montado un perfecto gabinete de relaciones públicas. En los primeros días de cada mes, por los mismos procedimientos que los impresos subversivos y los reclamos de las salas de fiestas, aparecen en Sevilla escritos convocadores como el que re-

producimos en estas páginas. Porque, eso sí, las apariciones se dan con perfecta regularidad; son los días 15, como el definitivo y apócrifo santo de Luis G. Berlanga acudía los jueves para hacer publicidad al agua mineral del pueblo. Las relaciones con Fátima y con Lourdes surgen a cada paso:

—Sí, mira cómo en Fátima también decían que era mentira —comenta una señora a otra, entre Avemaría y Avemaría, en torno a las velas que alumbran a la imagen de serie.

Otras veces, la fiesta tiene un tono condenatorio y excluyente. A los que van a curiosear se les mira con desprecio. Quien no lleva una botella de agua ni una

silla plegable, no puede sentirse verdaderamente transportado cuando todos cantan.

Para completar la escena y no olvidar que estamos en Andalucía, de pronto aparece, recordada contra el sol que va cayendo, la silueta de un mozo a caballo:

—¡El dueño, el dueño!...

Y hay un sentido de ocupación en la exclamación. No sé si el caballista que caracoleaba entre las sillitas de ruedas de los inválidos (no tantas como esperaba uno encontrar) era o no el dueño. Pero diga lo que diga el Castastro, «La Alcaparrosa» es ya prácticamente de los itinerantes milagrosos de los días 15.

«En consecuencia —decía el cardenal Bueno Monreal—, prohibimos la celebración de todo rito público religioso en el mencionado lugar; pedimos a los sacerdotes, religiosos y religiosas, tanto de la diócesis como de fuera de la misma, que no hagan acto de presencia en ninguna de aquellas manifestaciones...».

Cuando llegaba vi cómo dos monjas bajaban muy reposadamente por el caminito que no cría hierba. La señora que las acompañaba (parece que es siempre una misma señora la que acompaña a todas las monjas), les iba diciendo:

—Es que tan celestial ya no puede ser...

Milagros ya nadie espera. Creo que eso ocurría en los primeros meses de esta feria. Para mí, que ahora simplemente acuden allí los que no se sienten a gusto en unas iglesias donde han quitado a los santos, donde ya no cantan lo de



venid adoradores, donde las visiones que se dan sobre el hambre, la pobreza, la emigración no son ciertamente celestiales; para mí, que a El Palmar van los que ya no pueden zascandilear por sacristías y devotísimas asociaciones, los que han visto que la palabra seglar ya no indica un sacerdocio de segunda clase.

Todo estaba perfectamente organizado. Cuando anochecía, la masa negra de los videntes en torno a la imagen, iluminados por las velas de las histerias, era una aparición de Valdés Leal, de cuando los más-papistas-que-el-Papa católicos españoles se preocupaban de la muerte como medio para desocuparse de esta sociedad y esta vida.

Junto a la tapia, el más cuerdo de la reunión seguía con su canto llano:

—Hay mostachones, los mostachones de Utrera; para la familia, mostachones.

Un vidente abría la puerta de su coche y le reñía a su mujer, que se retrasaba más de la cuenta en atinar con el seguro:

—Desde luego, que contigo no han hecho el milagro. Sigues tan inútil como siempre... ■ A. B. FOTOS: CIFRA.